

CAPÍTULO X

El Sr. Gral. D. José J. de Herrera. — Declaración de la guerra entre México y los Estados Unidos. — Pronunciamiento del general Paredes en San Luis. — Es nombrado presidente de la República. — Sus tendencias para establecer la monarquía. — Batallas de Palo Alto y la Resaca. — Pronunciamiento en Guadalajara y su triunfo. — El Sr. Gral. D. Mariano Salas. — El Sr. D. Valentín Gómez Farias. — El Gral. Santa Anna se pone al frente del ejército nacional. — Batalla de la Angostura. — Pronunciamiento de los Polkos.

Durante la administración del señor Herrera se hizo la declaración de la guerra con los Estados Unidos, cuyo suceso es una de las más odiosas injusticias que por la fuerza han cometido con México las naciones más poderosas.

Como lo había previsto el Conde de Aranda, los Estados Unidos habían tratado de extender sus dominios, á cuyo efecto habían ido adquiriendo por diversos títulos la Luisiana, las Floridas y el Oregón y aun no satisfechos trataron de ocupar á Tejas. Ofreció el ministro Poinsett comprar al gobierno aquel Estado en 1825 y en 1827, y aunque volvió á ofrecerse de nuevo un arreglo, lo rechazó México, de suerte que entonces aquella gran nación adoptó otra vía que siendo menos directa era sin embargo mucho más infame.

Procuró primero la insurrección de los colonos contra toda justicia, favoreciéndolos como queda dicho, hasta el grado de hacer que el general Gaines ocupara con sus tropas á Nacogdoches en plena paz, invadiendo de esta suerte el territorio nacional. Reconoció luego la independencia de Tejas, y celebró en seguida con la nueva República un tratado con fecha 12 de abril de 1844, en virtud del cual quedaba anexada á la Unión, con cuya conducta ofendió tan gravemente á México que el ministro don Manuel Eduardo de Gorostiza pidió sus pasaportes y abandonó los Estados Unidos.

Las Cámaras americanas reprobaron el tratado de anexión celebrado con Tejas, tan inicuo así era; pero obstinado aquel Gobierno en la idea, sólo varió de medio, pues hizo entonces que en la Cámara

de diputados se propusiera la agregación á la Unión de aquel territorio, y habiéndose aprobado en sesión de 4.º de marzo de 1845, por una mayoría de veintidós diputados y únicamente de dos senadores, quedó consumada la iniquidad. Y no contenta aún aquella poderosa nación, le dió al nuevo territorio una extensión que jamás tuvo, haciéndolo lindar con el rio Bravo del Norte, de tal suerte que cuando del modo más contrario al derecho internacional violaba las fronteras mexicanas introduciendo sus ejércitos hasta las riberas del Bravo, fingía hipócritamente creer que era México quien violaba sus fronteras, para de esa suerte de agresor que era, convertirse en agredido. Por estas causas se declaró la guerra entre las dos Repúblicas á mediados de 1846.

Todavía fingieron los Estados Unidos querer la paz y nombraron á Mr. Johon Slidell ministro plenipotenciario en México, mas porque no se le quiso recibir como á tal, sino sólo como enviado especial y extraordinario, supuesta la interrupción de las relaciones diplomáticas entre los dos países, llegó á decirse que el gobierno mexicano no quería la paz.

El Presidente Herrera, con grandes dificultades, pues la escasez de recursos era tal que las rentas eran insuficientes en un 23 p. 0/0 para cubrir las solas necesidades ordinarias de la Administración, reunió un cuerpo de tropas de seis mil hombres que á las órdenes del general Paredes Arrillaga, salió para la frontera; pero movido este general por bastardas ambiciones, se pronunció en San Luis Potosí el 14 de diciembre de 1845 y dando la espalda al enemigo extranjero volvió sobre la capital, donde por haber secundado el plan la guarnición, entró triunfante el día 2 de enero siguiente.

Tomó la presidencia D. MARIANO PAREDES ARRILLAGA, quien habiendo puesto por pretexto de su rebelión que la administración del señor Herrera no atendía la guerra extranjera con el cuidado que reclamaba, no por eso se ocupó más de ella; pues adicto á la forma de gobierno monárquica, trató de establecerla en aquellos tan críticos instantes, emprendiendo negociaciones en favor del Infante D. Enrique, hermano del esposo de Doña Isabel II, y fomentando imprudentemente los odios de los partidos políticos, precisamente cuando la unión de los mexicanos era más necesaria. De acuerdo el Gobierno Español con el partido conservador le ayudó eficazmente á la realización de sus propósitos invirtiendo el Ministro de aquel

Reino más de cien mil pesos en intrigas políticas. El mismo día 1.º de enero volvió el Estado de Yucatán á separarse de la República porque el Gobierno no respetó las bases de arreglo ajustadas dos años antes, y aunque en julio inmediato volvieron á reanudarse las buenas relaciones, en diciembre siguiente se pronunció Campeche proclamando la neutralidad del Estado en la guerra americana, pronunciamiento innoble y egoísta que fué secundado por los indios armados al efecto por los separatistas, y que triunfó fácilmente aunque dejando en Yucatán regueros de sangre y la semilla fecunda de la guerra de castas que tantas desgracias habria de producir allí, en México una dificultad política más, y en la historia una página de ignominia.

Se convocó un congreso, se fundó un periódico monarquista llamado *El Tiempo*, á la vez que Slidell volvía con sus pretensiones de ser recibido como plenipotenciario, que de nuevo fueron rechazadas, y se mandó un ejército á Matamoros, mandado por el general don Pedro Ampudia.

El ejército americano á las órdenes del general don Zacarías Taylor rompió al fin las hostilidades ocupando el 4 de marzo el Frontón de Santa Isabel.

El general Arista que habia reemplazado en el mando al general Ampudia, pretendió entonces batir al enemigo en detalle, aprovechando la circunstancia de hallarse dividido, por estar una parte en el Frontón á las inmediatas órdenes de Taylor y el resto frente á Matamoros; atravesó con ese fin el Bravo, mas careciendo de botes para trasportar las tropas y no pudiendo disponer más que de dos canoas, perdió un día entero en el paso del rio, en cuyo tiempo se apercibió Taylor del plan de ataque é incorporando sus tropas hizo fracasar aquella combinación. En el punto llamado Palo Alto se encontraron ambos combatientes el día 8 de mayo de 1846, rompiéndose los fuegos á las tres de la tarde: las fuerzas mexicanas se componian de tres mil hombres, número igual aproximadamente á las de Taylor; pero éstas con una artillería más numerosa y con un armamento muy superior hacian mil estragos en las filas nacionales, mientras que se hallaban fuera del alcance de los tiros de la fusilería, así es que después de más de tres horas de combate se introdujo el desorden en las tropas de Arista que abandonaron el campo, replegándose á una colina. Por fortuna las sombras de la

noche impidieron que los americanos consumaran la derrota.

Al siguiente día emprendió Arista su vuelta para Matamoros en presencia del enemigo, que á cosa de las cuatro y media de la tarde avanzó sobre nuestras tropas que se hallaban en la Resaca de Guerrero; pero no creyendo el general en jefe que se tratara de un serio combate, sino más bien de un reconocimiento, dió el general don Rómulo Díaz de la Vega instrucciones para la resistencia y se ocupó en despachar su correo. Nada era sin embargo más falso que aquella creencia, pues el enemigo favorecido por un bosque acometió bruscamente el campamento, y los soldados mexicanos que la víspera habian peleado heroicamente, se desbandaron en ese día, desmoralizados por mil falsos rumores que habian circulado de que iba á cometerse una traición, por lo que se entregaria el ejército al enemigo.

Cuando después de haber caído prisionero Díaz de la Vega, y de ser infructuosos los esfuerzos de Ampudia para contener la derrota, se convenció Arista de su error, se puso al frente de las caballerías y dió una carga valerosa, pero sin fruto, pues estaba consumada la derrota, cayendo en poder de los americanos las municiones y artillería.

Se retiró de allí para Matamoros, cuya plaza abandonó el 16, tanto porque se juzgó indefendible, como por el estado de desmoralización del ejército; así es que la ocupó el enemigo el 18, encontrándose allí municiones, artillería y 400 heridos y enfermos que hubo necesidad de dejar abandonados por falta de bagajes. Al general Arista se le sometió á juicio, por lo que entregó el mando el 3 de junio al general don Francisco Mejía que de Linares se retiró á Monterrey donde en el mes de agosto fué sustituido por el general don Pedro Ampudia.

Entre tanto el 20 de mayo se pronunció en Guadalajara, el Gral. D. José María Yáñez al grito de *mueran el príncipe extranjero*, y habiendo salido á batirlo el Presidente dejó encargado del gobierno el 27 de julio al Sr. Gral. D. NICOLÁS BRAVO; pero habiéndose pronunciado el 4 de agosto en la ciudadela el general Salas, tuvo Paredes que huir, hasta que por haber caído prisionero fué desterrado. En aquel año el deficiente del presupuesto alcanzó al 38 p. 100.

Se encargó entonces del gobierno D. MARIANO SALAS quien convocó un Congreso que reunido el 6 de diciembre nombró presidente al general Santa Anna, que en agosto habia vuelto al país; pero no

queriendo ejercer sus funciones, porque prefirió marchar contra el invasor, entró á la presidencia el 24 de diciembre de 1846 el Sr. D. VALENTÍN GÓMEZ FARIAS, nombrado vicepresidente; y mientras luchaba con todo empeño en la capital contra la falta absoluta de recursos, el general Santa Anna partió con 3,000 hombres para San Luis Potosí. Ampudia había tenido necesidad de rendirse en Monterrey celebrando el 25 de septiembre una honrosa capitulación después de defenderse varios días en los que, si algunos generales se mostraron ineptos ó cobardes, los soldados todos dieron muestras de valor y entereza; de manera que á poco de haber llegado Santa Anna á San Luis, llegó también á fines de octubre Ampudia con 4,000 hombres.

Parmaneció en esa ciudad el general en jefe por más de tres meses reuniendo nuevas fuerzas, disciplinándolas y atendiendo con el mayor esmero á su equipo y buena organización; pero sin formar un plan militar ni nada de lo que más importaba; así es que sin comprender que el enemigo podía de un día á otro, como ya se anunciaba, cambiar el teatro de sus operaciones del Norte al Oriente, ordenó al general Parrodi que abandonara á Tampico, puerto de mucha importancia, para replegarse á Tula, que carecía de significación. Hizose así y al punto se apoderaron los americanos de aquella interesante plaza, cuya ocupación los decidió á atacar á Veracruz, teniendo aquel puerto de escala.

El 27 de diciembre ocupó el Coronel Doniphan á Paso del Norte marchando en fines de febrero sobre Chihuahua, cuya ciudad tomó el 1.º de marzo de 1847 después de la batalla del Rancho de Sacramento, en que derrotó al Coronel Heredia y al gobernador Trias; el General Kearny invadió á Nuevo México en agosto de 1846, á la vez que el Coronel Fremont se internaba en California, declarándola parte de la Unión, y ocupaba á San Francisco el 9 de julio ayudado por la escuadra mandada por el Comodoro Sloat.

Entre tanto, había en el país cierta frialdad y falta de patriotismo, pues sólo los Estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, San Luis, Aguascalientes y el Distrito Federal proporcionaron su respectivo contingente de sangre fuera de aquellos otros que rechazaban la invasión en su mismo territorio; y en la capital se hostilizaba al gobierno porque apelaba á medidas severas para lograr del clero una cantidad que no había querido prestar.

El 28 de enero de 1847 empezó á salir de San Luis el ejército para

ir á atacar á Taylor; se componía de 18,000 hombres mandados por los generales Santa Anna, Mora y Villamil, Micheltorena, Blanco, Corona (don Antonio), Pacheco, Lombardini, Guzmán, Miñón, Juvera, Torrejón, Andrade, Vázquez, y Urrea, y después de fatigosísimas marchas que pusieron fuera de combate á 4,000 hombres, pues en la revista del día 20 sólo se encontraron 10,000 infantes y 4,000 de caballería, con 17 cañones, llegaron por fin frente al invasor el 22 de febrero, encontrándolo parapetado en el punto llamado « La Angostura » cerca del Saltillo.

Trabóse luego un combate parcial con motivo de pretender ambos combatientes ocupar una loma que servía de posición y que quedó en poder de las tropas mexicanas, aplazándose la batalla para el siguiente día.

Apenas amaneció el 23 y sin que hubiera tiempo para que tomaran la mayor parte de nuestros soldados alimento, se empezó el combate, peleándose con un reñido encarnizamiento todo el día, siendo interrumpido apenas por una lluvia; el enemigo se vió obligado á replegarse varias veces, de suerte que al concluir la jornada sólo conservaba una de sus posiciones centrales y su línea de Buenavista distante cerca de una legua de la que primeramente ocupaba. Á las seis de la tarde concluyó la batalla continuando sólo el cañoneo, y el ejército mexicano presentaba como trofeos de su victoria las posiciones quitadas al enemigo, así como tres cañones, tres banderas, cuatro carros de parque, una fragua y varios prisioneros. Por su parte tuvo una pérdida de 594 muertos, 4,039 heridos y 1,800 soldados dispersos, habiéndose consumido 571 tiros de cañón y 555,000 cartuchos, contándose por la del invasor según sus propios datos, 267 muertos, 456 heridos y 23 dispersos; sus tropas aunque en menor número que las mexicanas (8,000 soldados con 20 piezas de artillería) compensaban la superioridad numérica con las ventajosas posiciones que habían escogido. Si la primera brigada de caballería formada de 1,400 hombres que mandaba el general Miñón, hubiera atacado por la retaguardia al enemigo, habría puesto el sello á la victoria; pero desgraciadamente no lo hizo, contentándose con amagar inútilmente el Saltillo.

Llegó la noche y mientras Taylor temeroso de que al día siguiente se consumara la derrota, puso en salvo sus archivos y reforzó su ejército con la guarnición del Saltillo, Santa Anna ordenó la reti-

rada para Agua Nueva, por carecer enteramente de viveres, hasta el grado de que millares de aquellos valientes y sufridos guerreros no habian probado bocado desde la vispera. De esta suerte quedó el enemigo dueño del campo, bastándole esto para proclamar su victoria; pero, como dice el señor Roa Bárcena, « si no es posible apellidar vencedor al ejército mexicano, no hubo vencedor en los campos de la Angostura ».

La falta de viveres debió haber impedido la marcha de Santa Anna, pues un ejército jamás se interna donde no puede subsistir, mas nunca pudo disculparlo de haber ido á hacer una simple intencion contra los americanos, sacrificando inútilmente á los heroicos soldados que con su sangre demostraron su valor y patriotismo. Esa falta de provisiones fué en unión de las noticias recibidas del pronunciamiento en México, y del ataque de Veracruz, el origen de la retirada á San Luis de aquellas tropas.

El gobierno de la Unión considerando la dificultad de la invasion de sus fuerzas por el Norte, y el mejor éxito que produciria por el Oriente, cambió el plan de campaña, y poniendo un nuevo ejército á las órdenes del general Winfield Scott, hizo que se atacara á Veracruz.

Al saber Gomez Farias el peligro que corria aquel puerto, ordenó á los batallones de Guardia nacional « Independencia », « Hidalgo », « Bravos », « Victoria » y « Mina », compuesto de jóvenes llamados *polkos*, artesanos y otras personas pertenecientes al partido liberal moderado, que saliesen para aquella ciudad; mas disgustados por los actos del gobierno y movidos por el clero, en vez de ir á defender la patria, se pronunciaron el 27 de febrero de 1847, al grito de *mueran Gómez Farias, mueran los puros*, y en número de 3,300 mandados por los Generales Salas y Peña Barragán atacaron el palacio y otros edificios, trabándose en las calles de la capital escandalosos combates entre mexicanos, mientras el extranjero invadia impunemente el territorio nacional.

Más de quince días duró el tiroteo, que terminó con la llegada del general Santa Anna á Guadalupe el 20 de marzo, que quitó todo pretexto eliminando al Vicepresidente que habia obrado con resolucion y patriotismo, y se encargó del gobierno echándose en brazos del partido liberal moderado.

Aquellos patriotas milicianos que habian tomado las armas en

defensa de la patria, no consideraron sin duda los males que ocasionaron con su inoportuno pronunciamiento, ni la mancha que sobre ellos mismos arrojaron, y que siquiera lavaron por fortuna más tarde con su sangre en los campos de Churubusco y Molino del Rey.

CAPÍTULO XI

Bombardeo y toma de Veracruz. — Batalla de Cerro Gordo. — Ocupación de Puebla. — Defensa de la capital. — Batallas de Padierna y Churubusco. — Armisticio. — Molino del Rey. — Asalto á Chapultepec. — Las garitas de México. — Abandono de la capital. — El Sr. D. Manuel de la Peña y Peña. — Ocupación de la capital por los americanos y establecimiento del gobierno nacional en Querétaro. — El Gral. D. Pedro Maria Anaya. — Vuelta del Sr. Peña y Peña á la presidencia. — Tratados de paz. — Presidencia del Gral. Herrera. — El Sr. Gral. D. Mariano Arista. — Revolucion de Jalisco.

Ya desde fines de 1845 se habian presentado algunos buques de la Unión en las aguas del golfo; pero hasta el 20 de mayo de 1846 se declaró el bloqueo de Veracruz por el comandante Fiterkugh, atacando sin éxito alguno el comodoro Connor á Alvarado defendido por el General Marin, y el comodoro Perry á San Juan Bautista, de donde fué rechazado por el teniente coronel D. Juan B. Traconis en el mes de agosto, y apoderándose de la isla del Carmen en fines de diciembre.

El 8 de febrero de 1847 se avistaron en Veracruz varios buques de guerra y se supo que á bordo de ellos habia escalas de asalto y otros utensilios de este género, mientras la ciudad carecia de todo elemento de defensa, á pesar de lo cual el comandante de ingenieros don Manuel Robles dispuso con grande actividad la fortificación. El 4 de marzo se recibieron las noticias de la fratricida guerra que habia estallado en la capital, por lo cual se la dejaba abandonada enteramente; el 6 hizo un reconocimiento un vapor de guerra y el 9 empezaron á desembarcar las tropas de Scott.

Las fuerzas mexicanas se componian de 3,360 hombres mandados por el Gral. D. Juan Morales á más de las que defendian el castillo

de Ulúa que eran 4,000 á las inmediatas órdenes del Gral. D. José Durán; mientras que el ejército invasor se componía de más de 13,000 hombres mandados por los Grales. Worth, Twiggs, Patterson, Phillow y Quitman.

Ocupado Scott en hacer sus fortificaciones permaneció hasta el 22, en que intimó rendición á la ciudad, que se negó decididamente, por lo que á las cuatro de la tarde se rompieron sobre ella los fuegos enemigos, empezando desde aquel momento un espantoso bombardeo que era contestado con actividad y arrojo. Seis días continuos duró aquella lluvia de fuego que sembró en la plaza el llanto y la desolación, dirigiendo las baterías sus tiros preferentemente sobre los edificios destinados á hospitales y asilos. Sólo cuando habían muerto 350 soldados y más de 400 paisanos, pasando de 200 los heridos; cuando habían caído 6,700 bombas y balas de cañón de un peso de 463,000 libras que habían ocasionado pérdidas particulares de más de 6,000,000 de pesos; cuando los defensores carecían de municiones después de haber lanzado contra el enemigo 8,486 proyectiles; cuando se carecía completamente de viveres y no se tenía ninguna esperanza de recibir socorro, se ajustó una honrosa capitulación el 27 de marzo. Por ella se concedió que entregando las armas la tropa, saliera de la plaza, absteniéndose tan sólo los jefes y oficiales de seguir peleando mientras no fueran canjeados, se concedieron garantías á la población y se hicieron á la bandera mexicana los honores debidos. En tal virtud quedó dueño el invasor de aquella heroica ciudad el 29 del mismo mes.

El Gral. Santa Anna reprobó aquella capitulación y aun puso presos á los valientes Grales. Morales, Landero, y Durán, y dejando el 1.º de abril en la presidencia al Sr. Gral. D. PEDRO MARÍA ANAYA nombrado por el Congreso, salió de la capital con dirección á Jalapa á lavar la deshonra de Veracruz, para cuyo efecto hizo fortificar el punto de Cerro Gordo, distante seis leguas de aquella villa, no obstante que no era á propósito según el dictamen de los instruidos ingenieros Robles y Cano, porque carecía de agua, porque no podía allí maniobrar la caballería por las barrancas y bosques que le rodeaban, porque podía ser flanqueado y por otras razones que habían preferible el lugar llamado Corral falso.

Obstinado aquel general, reunió allí un cuerpo de tropas de las que habían venido de la Angostura y de las que se hallaban en la

capital, de cerca de 9,000 hombres con 40 piezas de artillería, esperando al invasor, que, habiendo salido de Veracruz, se encontraba en aparente inacción á tres leguas de distancia.

Por fin el 17 de abril hizo un reconocimiento en el cerro del Telégrafo la división del general Twiggs que tuvo que retirarse después de un largo y sangriento combate. Al siguiente día se dió la memorable batalla atacando Scott con 8,500 hombres por el frente y por el flanco el cerro del Telégrafo que fué defendido valerosamente por el general don Ciriaco Vázquez, hasta morir; pero aquel movimiento de flanco y la imposibilidad de que obrara la caballería, hicieron que á los tres cuartos para las diez quedara el enemigo dueño de aquella posición, con lo que se introdujo la desmoralización, declarándose una completa derrota. El triunfo costó sin embargo al extranjero más de 500 hombres entre muertos y heridos no bajando los nuestros de 1,000 á 1,200 á más de 1,300 prisioneros.

El capricho del general en jefe y sus escasos conocimientos militares, lo hacen responsable de aquel desastre, después del cual se retiró á Orizaba donde con actividad emprendió la reorganización del ejército, con el que marchó á Puebla, cuya ciudad tuvo que abandonar por la falta de elementos, habiéndola ocupado el general Worth el 15 de mayo.

Santa Anna volvió á México y el día 20 tomó de nuevo posesión de la presidencia de la República, trabajando enpeñosamente por reunir y disciplinar nuevas tropas, para lo que dispuso que tomaran las armas todos los ciudadanos mayores de diez y seis años, estableció una maestranza bajo la dirección del señor coronel don Bruno Aguilar, dió una severa ley contra los desertores, fortificó algunos puntos de las cercanías y tomó otras medidas encaminadas á levantar el espíritu público.

Á fin de ganar tiempo, faltando al decoro militar, estuvo haciendo algunas propuestas al enemigo sin haber tenido jamás ánimo de cumplirlas, y tanto por esta razón como por esperar nuevos refuerzos, Scott permaneció en Puebla hasta principios de agosto, en que marchó sobre la capital al frente de 11,000 hombres con cuarenta piezas de artillería.

El 19 de aquel mes se presentó por fin el extranjero frente á Padierna, donde estaba el General don Gabriel Valencia con los restos

del ejército del Norte que llegaban á 4,000 hombres y doce cañones, y entre dos y tres de la tarde se rompieron los fuegos, encontrándose á poco muy comprometido el general mexicano; pero una brigada del general Pérez que se presentó en aquellos momentos y desplegó en tiradores, bastó para que con brío se apoderaran de las posiciones del enemigo que aplazó para el día siguiente la decisión del combate. En la noche ordenó Santa Anna á Valencia que se retirara, abandonando los cañones y bagajes que no pudiera trasportar prontamente, cuya orden desobedeció por juzgarla inconveniente, como en efecto era, lo que sin embargo no lo releva de la nota de insubordinado; así es que el 20 de agosto de 1847 muy temprano se comenzó la lucha; pero las tropas que la vispera habían auxiliado al ejército del Norte, no estaban en sus posiciones, porque habían sido retiradas, y la desmoralización que produjera la noticia del desacuerdo entre el General y el Jefe supremo, había cundido en las filas, de manera que rodeado aquel grupo por un círculo de fuego, entró en desorden y á los pocos momentos se desbandaba fugitivo por todas partes; la derrota estaba consumada y entonces « sonrieron satisfechas la ambición y la envidia ».

Creyó Scott que podría ocupar á México inmediatamente, así es que avanzó sus victoriosas huestes; pero después de una corta resistencia en el puente de Churubusco, fueron detenidas en San Antonio Abad y en el convento de Churubusco, distante dos leguas de la capital. En este edificio se defendieron heroicamente unos cuerpos de guardia nacional á las órdenes de los generales don Pedro María Anaya y don J. Rincón, hasta agotar el último cartucho, quedando todos prisioneros sin haber querido capitular. Cuando al apoderarse de aquel sitio el Gral. Twiggs preguntó por las municiones existentes, el Sr. Anaya respondióle con acento espartano: « Si hubiera porque no estaría V. aquí. »

Siguióse á estas jornadas un armisticio durante el cual se hicieron proposiciones de paz siempre que se cedieran los Estados de Tejas, Nuevo México y Alta California á más del derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, mediante una indemnización, á lo que se negó el gobierno, porque como decían muy bien los señores Herrera Couto, Mora y Atristain, estando la nación dispuesta á ceder á Tejas que era la causa de la guerra, ésta debía cesar por carecer ya de objeto, pues sería inicuo y jamás visto, que un pueblo

hiciese la guerra á un vecino, porque no le quería vender parte de su territorio.

Rompióse el armisticio el 6 de septiembre y el día 8 se dió la batalla de Molino del Rey; cuyo punto defendido por los generales León, Pérez y Rangel, con 4,000 hombres y cuatro cañones se sostuvo por muchas horas contra la columna americana, fuerte de 5,000 hombres, hasta que por la inacción de la numerosa caballería que mandaba el General D. Juan Álvarez y que no llegó á entrar en combate, y por el abandono en que dejó aquel punto el general Santa Anna que esperaba el ataque por el rumbo opuesto, cayó en poder de Scott, no sin que pagara caro su triunfo, pues en sus filas se contaron más de ochocientas bajas entre muertos y heridos y aun se le sujetó á juicio. El ejército nacional tuvo que lamentar la muerte del General D. Antonio León, gobernador de Oaxaca, del coronel D. Lucas Balderas, del teniente coronel Gelaty y de otros esclarecidos oficiales.

Practicó luego el invasor un reconocimiento en las garitas del Niño Perdido y San Antonio y el 12 de septiembre asaltó á Chapultepec, defendido por el general Bravo con 832 soldados y diez piezas de artillería, que se mantuvo hasta el día siguiente en que cayó prisionero al apoderarse el enemigo del castillo.

La principal defensa de esta fortaleza, la hicieron el batallón de San Blas, mandado por el Coronel D. Felipe Xicotencatl, quien murió violentamente con casi todos sus soldados, en la falda del cerro; y los alumnos del Colegio Militar que resistieron hasta el último en el castillo, habiendo sucumbido el teniente Juan de la Barrera y los soldados Fernández Montes de Oca, Agustín Melgar, Juan Escutia, Vicente Suárez y Francisco Márquez, todos menores de diez y ocho años, siendo heridos otros y caídos prisioneros con el General Monterde, director del colegio, treinta y siete jóvenes, entre quienes se hallaba D. Miguel Miramón, que tanto se distinguió años después.

Dueño el enemigo de aquella fuerte posición que domina la capital, atacó las garitas de San Cosme y Belén, valientemente defendida la primera por el General Rangel y cobardemente abandonada la segunda por el General Terrés; con lo que el desaliento se introdujo en el ejército que en junta de guerra resolvió abandonar la ciudad como lo hizo el 14 en la noche, saliendo Santa Anna para Puebla después de haber renunciado el poder y quedando en el gobierno

como presidente de la Suprema Corte el Sr. Lic. D. MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA que era un magistrado acostumbrado á no contemplar el bien social sino en la observancia de la ley y de la justicia y estableció su administración en la ciudad de Querétaro. Ese mismo día entró el ejército invasor, viéndose ondear sobre el antiguo palacio de los Virreyes el aborrecido pabellón de las estrellas.

Santa Anna, después de tratar de apoderarse de Puebla abandonó aquella empresa y partió el 1.º de octubre para Huamantla con objeto de atacar un convoy, y aunque no logró su intento, en esta población derrotó el capitán D. Eulalio Villaseñor con cuarenta hombres al guerrillero tejano Walker que murió á sus manos.

Allí tuvo que entregar Santa Anna el pequeño ejército de 1,000 hombres que le quedaba al General Reyes, en virtud de la orden dada por el gobierno que lo había depuesto del mando y sometido á juicio; partiendo luego á Oaxaca, en donde no le permitió entrar el Gobernador D. Benito Juárez, por lo que salió entonces del país con dirección á Turbaco en la Nueva Granada.

Así concluyó esta campaña aquel hombre funesto que habiéndose portado como un valiente soldado, demostró que carecía de capacidad para servir de general en jefe, y tantos fueron sus yerros que se le acusó de traición. Jamás cometió este crimen en esta guerra; pero su poca aptitud, su ambición y el error constante de presentar batalla con una parte de las tropas contra el grueso de las del enemigo, que de esa suerte fué batiéndolas fácilmente, ocasionaron la ruina de México.

Aprovechando el extranjero sus victorias, volvió á proponer la paz, cuya idea fué muy bien acogida por el Presidente y su gabinete formado de los señores D. Luis de la Rosa y D. Pedro María Anaya; porque en vista de las circunstancias estaba resignado á ceder todo, menos el honor, con tal de salvar la nacionalidad mexicana; pero nada quiso resolver por la interinidad de que estaba revestido, pues una vez instalado el Congreso nombró provisionalmente hasta el 8 de enero al señor General D. Pedro MARÍA ANAYA, que tomó posesión en esta segunda vez el día 12 de noviembre de 1847.

En medio de la más completa penuria, agitábase en el Congreso la cuestión de la paz á que se inclinaba el gobierno, que nada resolvió por haber expirado su breve periodo, y como á la sazón no estaban reunidas las Cámaras, por ministerio de la ley volvió á encar-

garse del gobierno, como presidente de la Suprema Corte de justicia, el señor licenciado D. MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA.

Siguió tratándose sobre el modo de ajustar un convenio que por fin se firmó en Guadalupe el 2 de febrero de 1848 por los comisionados licenciados D. Bernardo Couto, D. Luis G. Cuevas y D. Miguel Atristain y por el agente americano Mr. Nicolás Trist. Por él cedía México á los Estados Unidos los territorios de Tejas hasta el Bravo, Nuevo México y Alta California con una extensión de cerca de noventa y seis mil leguas cuadradas, recibiendo por indemnización quince millones de pesos, quedando libre de las reclamaciones pendientes que importaban \$3,250,000 y obligándose el gobierno de la Casa Blanca á defender las fronteras contra los bárbaros ¹.

Grande oposición encontró en el Congreso, donde fué sin embargo aprobado en sesión del 13 de mayo del mismo año por una mayoría de diez y nueve votos; porque á pesar de lo oneroso que era y de la injusticia con que se pretendía, se carecía completamente de recursos y de tropas para continuar la resistencia y aun se temía que los enemigos suscitaran una guerra de castas.

La media República no dominada aún por el invasor estaba desmembrada en Yucatán; estaba regida por gobernadores inobedientes ú hostiles; las milicias se desbandaban ó se rebelaban; el ejército físico y moralmente desarmado por la derrota, no llegaba á ocho mil hombres diseminados en el país, ni pasaban de cien los fusiles guardados en nuestros depósitos ni de cincuenta los cañones medio servibles en nuestros parques, que no había más esperanzas de obtener recursos hasta para dar el rancho á la guarnición de Querétaro, que el anticipo que sobre la indemnización quisiera hacer el enemigo.

En toda esta campaña empleó el gobierno de Washington 27,500 hombres del ejército y 71,300 voluntarios, cerca de 3,000 carros y 200 piezas de artillería, á más de doscientos y tantos barcos que componían su armada en ambos mares, gastando más de ciento cin-

1. La paz se firmó por fin y es un timbre de gloria para la diplomacia mexicana y un monumento de honor para el Sr. Peña y Peña. Gracias á él hubo una personalidad acreditada por la Nación con quien tratar. Estábamos cien veces más á la merced del invasor que Francia en 1871 y obtuvimos cien veces más en Guadalupe que Francia en Francfort.

cuenta millones de pesos y sufriendo una pérdida de 25,000 ciudadanos ocasionada por las batallas, el clima y las enfermedades.

De esta suerte quedaron los Estados Unidos dueños de aquella considerable parte de nuestro territorio, sobre cuyo hecho se expresaba así el distinguido estadista americano Mr. Enrique Clay en su correspondencia con Mr. Channing: « Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Tejas por nuestros compatriotas tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala. »

El historiador Bancroft declara por su parte « que el gobierno de los Estados Unidos no tuvo la razón de su parte; el veredicto de todas las naciones civilizadas, y esto lo han reconocido hasta los mismos ciudadanos americanos ». Por diversas quejas de varios jefes americanos el 18 de febrero fué separado del mando del ejército el Gral. Scott y sustituido por el Gral. Butler.

Aprobados los tratados, volvió el señor Peña y Peña á presidir la Suprema Corte de Justicia, por haber nombrado el Congreso presidente constitucional al señor Gral. D. JOSÉ JOAQUÍN DE HERRERA que tomó posesión el 3 de junio de 1848 en Querétaro, cuya ciudad dejó á los cinco días para trasladarse al Distrito Federal; mas como aun no acababan de salir las fuerzas extranjeras, se estableció en Mixcoac, estableciéndose por fin en México el día 12 de junio de 1848.

Pero aun no acababan los invasores de evacuar la capital cuando se pronunció en Aguascalientes el general Paredes Arrillaga que furtivamente se había introducido al país, oponiéndose á los tratados de paz y llamando traidores á quienes lo habían celebrado, olvidándose sin duda que él fué el primero que dió la espalda al invasor en San Luis para promover la revolución, y que en el corto tiempo que tuvo en sus manos las riendas del poder, más que de la guerra extranjera, se ocupó en cambiar la forma del gobierno. Hizose fuerte en Guanajuato, donde fué sitiado por el Gral. D. J. Vicente Miñón que ocupó la plaza en el mes de julio cayendo prisionero el célebre padre Jarauta, que había prestado excelentes servicios á la causa nacional y que fué fusilado á pesar de llevar aún frescas las honrosas heridas que había recibido en la guerra extranjera.

Apenas concluida la campaña extranjera, se rebelaron los indios de Xichú, y cuando ya estaba para sofocarse esta rebelión, se pro-

nunció en Sierra Gorda el 10 de febrero de 1849 el comandante don Leonardo Márquez, proclamando á Santa Anna, pretendiendo que la renuncia que había hecho del poder era nula por no haber estado reunido el Congreso, habiendo sido prontamente derrotado.

En medio de tales contrariedades procuró la administración del señor Herrera disciplinar y reducir el ejército, contra el que se había declarado la opinión pública por lo mal que se había portado en la guerra extranjera, y organizar al país bajo mejores bases, procurando á la vez el establecimiento de ferrocarriles y telégrafos, habiendo concedido privilegio para esto último al Sr. D. Juan de la Granja, que fué quien introdujo al país el uso del descubrimiento de Morse, inaugurándose en octubre de 1851 la primera línea telegráfica del país entre México y Puebla¹.

Entretanto el Estado de Yucatán, que seguía separado, era teatro de la más espantosa guerra de castas.

Armados los indios con la mayor imprudencia por los mismos yucatecos guiados por sentimientos políticos y antipatrióticos, se inició la lucha contra los blancos á mediados de 1847 en el sur y en el oriente por los mayas Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat, y aunque el

1. En 1753 se pensaba ya en aplicar la electricidad á la correspondencia telegráfica, y siete años después Jorge Luis Lesoge construyó en Ginebra un telégrafo eléctrico compuesto de 24 hilos separados entre sí y que comunicaban con una varilla que sostenía una bolita de saúco, que correspondía á cada letra del alfabeto y que era repelida cuando el alambre se tocaba desde otra estación con una barra de cera electrizada por frotamiento.

Mas tal aparato y otros varios que funcionaban por medio de la electricidad estática, eran enteramente inseguros y de mera curiosidad, porque esa electricidad reside en la superficie de los cuerpos y abandona fácilmente por la sola acción del aire húmedo sus conductores. Fué preciso esperar á que Oersted y Ampere descubriesen la acción de las corrientes eléctricas sobre la aguja imantada, y basado en ella, Arago hiciese el electroimán, para tener ya los elementos necesarios para el telégrafo, el cual inventó en 1832 Samuel Morse. En 1844 se inauguró en Estados Unidos la primera línea telegráfica entre Washington y Baltimore, generalizándose luego en todo aquel país y en Europa, con excepción de Inglaterra, donde se ha usado el de agujas, inventado por Wheatstone.

En 1851 se inauguró el telégrafo submarino entre Douvres y Calais, uniéndose poco más tarde por otro cable África y Europa, y quedando también unida á América, en 1868.

primero fué fusilado antes de que estallase la insurrección, Chi se apoderó del pueblo de Tepich el 30 de Julio y asesinó á todos los habitantes de la raza blanca sin distinción de sexo ni edad.

Los feroces indios fueron derrotados allí mismo, en Xcámil y en Cochatún y se les declaró una persecución espantosa, fusilándose á muchos por simples sospechas y sin más fin que aterrorizarlos; mas á la sombra de la revolución local declarada por D. José Dolores Cetina contra el Gobernador D. Santiago Méndez, los indios se apoderaron de Tixcacalcupul, Tihosuco, Ichmul y Tekas, repitiendo en todos las horribles matanzas. Llegaron después de mil depredaciones á apoderarse de la importante ciudad de Valladolid después de sangrientas acciones y de la región oriental, por lo que el Gobierno atendiendo solamente á las circunstancias del momento, determinó ofrecer el dominio y soberanía de Yucatán á cualquiera nación extranjera que se prestara á enviar prontos y eficaces auxilios á la península para librarla de caer en garras de la barbarie, enviando en ese sentido comunicaciones oficiales á Inglaterra, España y Estados Unidos.

Medida dolorosa, ilegítima é inútil, porque ella servía únicamente para indisponerse con México que era el solo gobierno de quien podría recibir algún auxilio cuando terminara la guerra americana.

Entonces se celebraron tratados por los cuales quedó, abolida la contribución personal, se redujeron las observaciones parroquiales á tres reales por cada bautismo y diez por cada matrimonio, se les daban tierras á los indios, se reconocía á Pat por gran cacique de Yucatán y se estipulaba que D. Miguel Barbachano, único en quien confiaban, sería gobernador vitalicio del Estado.

Por fortuna tan vergonzosas estipulaciones no fueron cumplidas por los rebeldes y poco más tarde gracias al esfuerzo del Gral. Llergo y de los Coroneles Cetina, Méndez González y Pazos fueron derrotados en Izamal, Ticul, Tekax, Mama, etc.

Terminada la guerra con Estados Unidos el Gobierno mexicano puso á disposición del Gobernador de Yucatán \$ 150,000 después de algunas negociaciones, por lo cual volvió aquel Estado á incorporarse por decreto de 17 de agosto de 1848, reconociendo en toda su plenitud á los supremos poderes nacionales.

Á mediados de 1850 invadió la República la terrible epidemia del cólera morbo, que, aunque no fué tan mortífera como en el año

de 1833 en que por primera vez apareció, hizo no obstante numerosas víctimas, sembrando el espanto en todo el país.

Concluido el periodo del señor Herrera y hechas nuevas elecciones, fué declarado presidente por el Congreso, en sesión del 8 de enero de 1851 el Sr. Gral. D. MARIANO ARISTA, que tomó posesión el día 15 rodeándose de un ministerio liberal moderado.

Desde un principio se manifestó muy difícil la situación, porque la exaltación de los partidos hacia que el Gobierno fuese en la Cámara el blanco de los ataques de puros y de conservadores, produciendo frecuentes cambios de Gabinete y desechando cuanto proponía, mientras que la penuria de la Hacienda, las exigencias de los acreedores y la apatía de los Estados, debilitaban el poder público y le quitaban á la Federación el prestigio y la vida.

Por todo esto se celebraron desventajosas convenciones diplomáticas en Inglaterra, por las cuales se reconoció y garantizó lo que se debía por valor de algunos millones de pesos á varios tenedores de bonos mexicanos de un carácter meramente nacional, convirtiéndose así en deuda extranjera, la que sólo era interior; se reunió una junta de gobernadores y representantes de los Estados para acordar recursos, la cual se disolvió sin hacerlo; se presentaron injustas reclamaciones de los Estados Unidos por haberse declarado cada una una concesión para establecer una vía de comunicación en Tehuantepec.

Bien pronto empezaron los pronunciamientos, pues en septiembre se sublevó en Ciudad Guerrero el general Canales y poco después el general don José María Carvajal en Camargo, proclamando la erección de la República de Sierra Gorda; mas fueron vencidos fácilmente, por lo que siguió ocupándose de toda preferencia en hacer la reducción del ejército y el arreglo de la hacienda pública; porque, según su expresión, « un ejército sin moralidad es la mayor de las plagas, y sin el orden y la economía en los gastos de guerra es imposible que haya hacienda, » mas no obstante su empeño por el adelanto del país, su moralidad y buena administración, el partido conservador trabajaba por derribarlo para traer á Santa Anna, olvidando sus pasados yerros.

El lunes 26 de julio de 1832 estalló la revolución en Guadalajara: era gobernador el señor licenciado don Jesús López Portillo, joven liberal de muy buen talento y rectísimas intenciones, perteneciente

al partido liberal moderado, que había empezado su periodo en marzo y que á pesar del corto tiempo trascurrido, había realizado grandes mejoras, ocupándose en formar una ley de hacienda conforme con los recursos y necesidades del Estado. Había establecido el importante ramo de la policia, desconocido hasta entonces, por lo que naturalmente el vulgo hostilizaba tan benéfica institución, y había también disuelto un cuerpo de guardia nacional que mandaba el Coronel don José Maria Blancarte, sombrerero de oficio y hombre de mucho valor, que por este motivo quedó disgustado con el gobierno. Aumentó su resentimiento el hecho de haberse negado el señor López Portillo á darle 3,000 pesos que pedía sin titulo alguno y el haberlo mandado procesar por haber lastimado á un agente de policia llamado San León que en desempeño de su encargo le pidió á Blancarte, le manifestara la licencia de la autoridad para tener el baile en que se hallaba; así es que por tales motivos, ayudado por el partido conservador y por los mismos jefes de la policia que habían sido subalternos suyos en los cuerpos civicos que se habían disuelto, realizó su pronunciamiento.

Á las dos y media de la tarde del citado 26 de julio, acompañado Blancarte de Juan Villalvazo, León Lozano y Ramón Suro, se arrojó sobre el oficial de la guardia de palacio á quien hirieron, y como la tropa estaba comprada se apoderó del edificio, donde se hallaban todas las armas y elementos de guerra del Estado, con los que se armaron en pocas horas cerca de tres mil hombres del pueblo, entre quienes se contaban todos los oficiales dados de baja por el Gobernador y muchos de los del ejército suprimido por Arista.

El señor López Portillo se dirigió al Carmen donde estaban 25 hombres con un pequeño cañón, y como el jefe de las armas federales general don Rafael Vázquez que se hallaba en Zapopán, no tomó ninguna medida represiva, se vió obligado á abandonar la capital del Estado trasladándose á Zapotlanejo y de allí á Lagos.

Careciendo por de pronto aquel movimiento de plan político, unidos los conservadores y los liberales exaltados ó puros, pusieron en el gobierno al licenciado Sr. D. Gregorio Dávila, pretendiendo que el Presidente lo reconociera, en virtud de ser una revolución puramente local. Por esto no se alarmó el señor Arista ni tomó las medidas violentas que se requieren en tales casos; pero habiéndose pronunciado el coronel Bahamonde en La Piedad, los rebeldes

de Guadalajara dieron color de política general á su movimiento, formando su plan el 13 de septiembre, cuyas bases eran « la destitución de Arista; sostener la constitución federal; desconocer los poderes públicos que no merecieran la confianza pública, y llamar á Santa Anna ». Desde ese momento se separaron los liberales rojos entregando Dávila el gobierno al general don José Maria Yáñez, quedando así la situación en poder del partido reaccionario.

Aguascalientes, Mazatlán, Zamora y otras poblaciones adoptaron aquel plan, y entonces mandó el gobierno federal una división á las órdenes del general don José López Uruga, sobre Guadalajara; mas disgustado este jefe acabó por ponerse en relación con los insurrectos abrazando su partido, por lo que la división mandada en defecto suyo por el coronel don Severo del Castillo se incorporó en León con las fuerzas del gobernador de Jalisco y marchó hasta Zapotlanejo, donde permaneció algún tiempo en espera de municiones.

El 20 de octubre se reunió en el hospicio de Guadalajara una junta á la que asistieron el cabildo eclesiástico (con excepción de tres canónigos: los señores don Pedro Espinosa, don José Luis Verdía y don Fernando Diaz), y gran número de propietarios y particulares que levantaron una acta que se llamó *plan del hospicio*, en que admitían el de Blancarte, añadiendo un artículo para la convocación de un congreso general extraordinario.

Aprovechando los sublevados la poca actividad del gobierno habían reunido cuantiosos elementos, fortificado la ciudad y aun seducido á una parte de las fuerzas del gobierno; pues hasta principios de diciembre atacó la plaza el general Miñón quien no pudo tomarla no obstante el nutrido cañoneo que sobre ella disparó, porque habiendo agotado inútilmente todo su parque, tuvo que retirarse.

Á la vez se pronunciaba en Durango el 14 de diciembre el general Morett, y el 28 don Gregorio del Callejo en el castillo de Ulúa, cuyo movimiento secundó Veracruz en esa misma tarde.